

BOLETÍN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

AÑO I

JUEVES 31 DE AGOSTO DE 1899

NÚM. 8

DISCURSO

LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS POR
EL SEÑOR D. JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO, EN LA
RECEPCIÓN DEL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 1883.

(Conclusión)

Ya la augusta gestación ha terminado: el Creador ha llegado á su sétimo día: bien dice un gran escritor: «El artista que crea, es un verdadero poseído, contra el cual no hay otro exorcismo eficaz que el alumbramiento de la obra de arte.»

La obra maestra es, pues, hija de la alianza entre la inspiración súbita, imprevista, inconsciente y asombrosa, y el trabajo lento, voluntario y perseverante de la reflexión, ó, como dice Goethe, «de esa amalgama, de esa combinación, de esa química, á la vez inconsciente y consciente, que engendra al fin un conjunto armonioso de que el mundo se maravilla.»

Y como el problema del sabio es, dada una hipótesis, probar que no encuentra excepción en todo el campo de la experiencia, y el del artista, dada una idea ó un sentimiento, sugerir otro igual, he aquí que durante este trabajo indispensable de comprobación y encarnación, que realizan en mútuo consorcio el espíritu y la mano, los mismos obstáculos que estorban su realización son origen fecundo de nuevas inspiraciones;

porque cuando el sabio ó el artista, con el escalpelo ó el cincel, enfrente de la Naturaleza, pretenden el uno interrogarla y el otro hacerla intérprete de sus emociones, lejos de hallarla propicia, ven entre angustiosas torturas y abrumadores desfallecimientos que el marmol es duro, el color mate, el verso estrecho, el consonante infiel, la palabra insuficiente, los organismos mudos, las rocas silenciosas, el mar impenetrable, el pasado tenebroso y los astros inaccesibles.

¡Cuán inmensa la serie de dificultades que es necesario dominar para completar la obra! Porque á las condiciones que hemos enumerado debe agregar el genio una gran multitud de conocimientos, para que de ella surja la hipótesis que los explique todos; para que, siendo sus ideas más numerosas y variadas, haya también combinaciones más diversas y originales; para que posea más medios de expresión y para conocer el problema, y una vez concebida la solución, saber que es solución y solución de tal problema. Creer que se puede producir con inagotable fecundidad sin un trabajo correspondiente de absorción y asimilación, es tan absurdo, dice Maudsley, como creer que la bellota puede producir la encina sin riego, ni calor, ni suelo fértil. Además, la creación no es absoluta, es una combinación nueva, tanto más factible cuanto más elementos la preparen; por eso la superioridad del genio no es enteramente accidental y caprichosa, ni la adquiere de súbito por momentánea inspiración un espíritu inculto y limitado, sino que es continua y previamente preparada en una misma serie de ideas. Las grandes obras no son hijas de una hora de delirio, sino de una vida entera de trabajo.

Ahora bien: ¿se deduce de lo que llevamos expuesto la existencia en el hombre de genio de una facultad más, ó la intervención en sus creaciones de una energía extraña y sobrenatural?

Seguramente que no; si las grandes ideas que concibe semejan revelaciones de un poder superior, no por eso es menos cierto que las extrae, por decirlo así, de su propio fondo y las elabora mediante los procedimientos naturales y propios del espíritu humano. La actividad que engendra en el genio la inspiración, es la misma que produce en el hombre vulgar una

ocurrencia feliz: no hay una diferencia esencial entre ambos espíritus, y, sin embargo, los resultados de su trabajo difieren profundamente: entre una ocurrencia y una inspiración existe un mundo: la superioridad del que realiza lo que los esfuerzos reunidos de todos los demás hombres no alcanzaron, es innegable: en algo estriba esta superioridad.

Si todas las inteligencias conciben del mismo modo, no todas llegan á la misma concepción; en este caso, todos los hombres pensarían de idéntica manera, habría para todos un solo pensamiento común, lo que es imposible, porque siendo la operación igual y los datos de ella diferentes, los resultados deben ser diferentes también, y los datos son tan variados como los individuos, porque cada uno recibe distintas influencias, según su edad, sexo, educación, época en que vive etc., etc. De aquí que un mismo fenómeno incite á uno á inquirir su causa, instigue á otro á estudiar sus efectos, recuerde á éste un hecho, á aquél uno antagónico, etc., etc., y aun la misma concepción, el mismo asunto, se interpreta de muy distinto modo por cada artista, aunque sean todos de primer orden: Júpiter y Leda de Correggio no son los de Vinci ni Miguel Angel; Euclión, Harpagón y Gobseck son tres avaros que difieren grandemente entre sí; las Madonas de Rafael no son las Vírgenes de Murillo.

Á esta serie de causas, origen de variedad entre los productos del pensamiento, se agraga otra más importante aún, que hace á un espíritu, no sólo distinto, sino superior al de los demás hombres, y en cuya virtud el hecho que ha permanecido mudo durante miles de años para millones de inteligencias, habla con sencillez y claridad sublimes á un observador ó filósofo que posee, sin duda, algo más delicado y más fecundo que la masa común de sus semejantes.

Y, en efecto, lo que tiene más delicado es la sensibilidad sensorial y la receptividad intelectual; lo que tiene más fecundo es la imaginación. facultades cuya energía se halla generalmente en proporción directa.

De este concepto partía quien, definiendo el genio y explicando, no ya el proceso, sino la razón de sus creaciones, lo llamaba una superior potencia de percepción, una excitabilidad excepcional de la sensibilidad, una alteza y especial aptitud de

la imaginación, que la predisponen á ese género de alucinación semi-voluntaria y consciente, que añade á la sensación elemental y real una serie indefinida de maravillosos engrandecimientos y multiplicaciones.

Y así es, en efecto: el hombre de genio, con su exquisita sensibilidad, aprecia elementos que pasan para los demás desapercibidos; estima analogías y diferencias que los demás no estiman; con sus rápidas percepciones, más bien adivina que ve los atributos de las cosas, y realiza inducciones acaso cien veces descabelladas, y una singular y sorprendente.

Mientras el vulgo sólo ve peso en los cuerpos que caen y movimiento en los que oscilan, y grandeza en los mares, y fulgores en el sol, y majestad en los cielos, el genio ve las leyes que inmovilizan ese sol y que mueven nuestro planeta y sostienen los mundos, y lee donde quiera impulsos desconocidos, energías ignoradas y revelaciones misteriosas; y como esa sensibilidad y esa imaginación no se satisfacen con goces vulgares, ni emociones pequeñas, ni concepciones adocenadas, y como sólo se mueven á impulso de anhelos superiores y aspiraciones infinitas, del mismo modo que el ray del desierto no sale rugiente y temible de su apático descanso porque pequeño insecto cruce ante sus ojos, así el genio, indiferente á las vulgaridades de la vida, se agiganta y eleva y se remonta siempre buscando un más allá, de tal manera, que si nos representásemos materialmente la distancia á que han llegado en sus inspiraciones esos privilegiados seres que son como las avanzadas de la humanidad en el infinito, veríamos á Colón surcando mares desconocidos, para realizar allí un mundo que ya él llevaba en su fantasía; á Herschell, con su gigante tele-copio, haciendo en los confines de la tierra el inventario de la creación; á Haydn en las alturas del Calvario, traduciendo en sonidos las palabras de Jesús y el crujiente desquiciamiento de los órbes; á Beethoven soñando en el infinito que el corazón humano es una melodía compuesta por Dios, y á Murillo, á las puertas de la gloria, robando esos ángeles que aún pugnan por volver al cielo revoloteando en las bóvedas de nuestros templos.

Mas si al genio científico bástale ver relaciones desconocidas para lograr sus deseos, el genio artístico no realiza su mi-

sión cumplidamente percibiendo en la sensación elementos que los demás no aprecian, ni sorprendiendo asombrosas armonías entre la idea y el sonido ó el color ó la línea, sino que necesita revelar á los demás las imágenes percibidas y la emoción que en su pecho produjeron; y es que siente con tal energía, con tanta vivacidad, que, lejos de extinguirse en él, sus apasionados sentimientos se acrecientan, se multiplican, no caben en su pecho, exigen expansión y necesitan comunicarse á los demás. Así llegan hasta nosotros esas obras maestras del arte que, antes de ser representaciones sensibles de la belleza, fueron emoción del artista; antes de ser Madonas, fueron éxtasis de Rafael.

El artista está atormentado por la necesidad de producir; no da valor á las imágenes de su fantasía; sólo le halaga infundirles realidad en una obra viable y sensible, y esta condición, esta imperiosa condición, que decía Byron hervía en él como una tortura de la que necesitaba librarse, es esencial en el poeta; no basta sentir la belleza y la poesía, es preciso comunicarla; allá en el fondo de nuestro pecho, todos somos poetas, todos gozamos contemplando las encantadoras bellezas de la Naturaleza; acaso las engrandecemos en la fantasía, y en un momento dado, bajo la influencia de un gran dolor moral, del amor ó la melancolía, tenemos inspiraciones tan grandes como Lamartine ó Víctor Hugo; pero de esta emoción interna que se apaga en nuestro pecho, á esa emoción que un enérgico poder restitutivo psíquico traduce al exterior; de eso á dar forma y representación sensible á lo sentido ó concebido; de eso á despertar con mayor fuerza que nunca la emoción experimentada, y vivificarla, y hacerla fecunda, y eternizarla por los siglos de los siglos; de eso á ser artista, á ser poeta, hay tanta distancia como entre lo deleznable y lo inmortal, entre la errante semilla que antes de germinar muere agostada en los ardientes brazos del huracán y la flor que embalsama con sus perfumes todos los ámbitos del jardín; entre el perro que muere entristecido y solitario sobre la tumba de su dueño, sin poder expresar con elegíaco acento las infinitas delicadezas de aquella fidelidad que le cuesta la vida, y el libro de Job, que sabrá revelar al último de los nacidos las negras amarguras del desierto.

Y tanto es así, que el poeta no escribe generalmente en los instantes en que la pasión se halla en su mayor encendimiento y resplandor; entonces en él, como en todo el mundo, sólo existe, sólo vibra la emoción misma, más ó menos intensa y poderosa; la obra de arte brota luego, y el poeta escribe á impulsos de lo que ha sentido, más bien que de lo que siente; despierta la emoción adormida, la vivifica en su fantasía, y, como dice un eminente escritor, reproduce más bien el eco de la pasión que la pasión misma.

La impresionabilidad excepcional y la volcánica imaginación del genio, que se deleita soñando laureles, triunfos y glorias, fortaleciendo á la constancia con estos halagos diarios, mantienen continuamente encendido el fuego del entusiasmo, cuyo calor es indispensable, lo mismo para la producción artística que para la construcción científica, sin cuya cooperación nada puede hacerse que sobrepuje los límites de lo vulgar, y cuya intervención, dice Shaftesbury, es imprescindible y decisiva en la producción de todo lo verdaderamente grande y bello.

El sentimiento es un colaborador necesario del genio; no hay elevación en la inteligencia, ni energía en la voluntad, exclama Tissandier, si el alma no está sobre-entusiasmada por el entusiasmo; se ha dicho que los grandes pensamientos vienen del corazón; Novalis ha proclamado que sin entusiasmo no habría matemáticas, y en verdad que debe de ser así, porque el entusiasmo y la pasión no tienen por objeto exclusivo la satisfacción personal de los sentidos. ¿Quién negará á Platón la pasión de lo ideal, y á Spinoza la de lo divino, y á Goethe y Lamartine la de la Naturaleza?

Pero esta sensibilidad, esta receptividad, esta imaginación se exaltan y aguzan por la influencia del medio en que el genio vive. La época, el clima, la raza, y, sobre todo, las pasiones, las contingencias de la vida y la educación, ejercen una acción innegable sobre el genio. La vida entera del hombre depende de la naturaleza y la intensidad de las emociones sentidas en su juventud.

Esas primeras impresiones dejan imperecedera influencia en el corazón: son como el pedestal donde viene más tarde á le-

vantarse la inspiración, y el genio se desarrollará tanto mejor cuanto mayor número de espectáculos tristes contemple, y más adversidades lo persigan y lo aflijan dolores más agudos.

Se ha dicho que las grandes almas son melancólicas: yo agregaría que lo es todo lo grande, y que aun los espíritus pequeños se engrandecen con la melancolía. Por excepción será alegre el genio: la alegría es propia de quien tiene satisfechas sus más apremiantes aspiraciones: quien anhela algo más de lo que ofrecen las tristes realidades de la vida; quien vierte en su corazón esos deseos no colmados, esas emociones no comprendidas, extraña las risueñas expansiones de los demás, busca en la soledad dulce refugio, deja allí impregnarse su espíritu de esa melancolía infinita que concluye en un llanto silencioso, consolador, que derrama lágrimas, pero no oprime el corazón, ni arranca sollozos, ni inmuta el semblante y halla al fin en sus ideales ensueños, en la ciencia, en la poesía, una noble y espiritual compensación. Si Espronceda, Byron, Milton, Tasso, Petrarca, Dante, no hubieran sentido las profundas adversidades que amargaron su vida, jamás habrían lanzado quizás los sublimes acentos que aplaudirán las generaciones venideras con más calor que las presentes y pasadas.

Quien medita en la melancolía y el retiro, eleva su pensamiento y engrandece su espíritu. Así se han elaborado todas las grandes ideas, las más elevadas concepciones del genio. Miguel Ángel, Newton, Descartes, Malebranche, hallaron sus gigantesas creaciones en esa soledad que concentra y fortifica y que buscaron afanosos los pensadores y los poetas, y los santos y todos los grandes hombres.

Pero sin duda me interno demasiado en estas consideraciones, que son muy pertinentes al asunto, que tienden á estudiar el valor de ciertas influencias de acción, á veces decisiva para el espíritu, mas acerca de las cuales no debo insistir, limitándome á enumerarlas sumariamente, no sólo por la excesiva extensión que darían á este trabajo, sino porque exigen una erudición que yo no tengo, y la elocuencia de un verdadero poeta para adivinar y expresar todas las modificaciones que han impreso y todos los pensamientos, emociones, lágrimas, despechos y sublimes arranques que han inspirado al genio la devastadora tala del

otoño, el mar que se confunde con el cielo, la tristeza infinita de la tarde, las tintas amoratadas del crepúsculo, la tenue claridad de la vía láctea, las furtivas caricias de contrariados amores, las amarguras del desengaño, las estrecheces de la pobreza, el desamparo de la expatriación, la soledad de la mazmorra oscura, las preocupaciones de la ignorancia, la indiferencia que amenaza olvido, los triunfos de vanas nulidades, la encarnizada guerra de la vida, y sobre todo, la incurable ceguera de esa humanidad fanática y obcecada, que con sus errores y liviandades provocó y desoyó la sátira de Horacio, el profundo dolor de Juvenal, la amarga lamentación de Jeremías, la vigorosa indignación de Tácito, la acerba censura de Rousseau, la irónica carcajada de Voltaire, y que, siempre impura y siempre torpe, aduló al poderoso, culpó al inocente, enalteció la ignorancia, sacrificó al genio, condenó á Spurio Casio, persiguió á Dante, encadenó á Colón, olvidó á Cortés, humilló á Galileo y tuvo para Cervantes la prisión, y para Sócrates la cicuta.

Habíamos aceptado como condición característica del genio una exagerada sensibilidad, compañera de una imaginación ardiente y una receptividad intelectual exquisita. Ahora bien; si son estas cualidades las que determinan el poder de crear, las que animan y sostienen esa invencible paciencia y tenacidad de que hemos hecho mérito, si son las que esencialmente constituyen el genio, la mujer, toda imaginación, toda impresionabilidad, debe ser la que con más frecuencia conciba grandes ideas y exprese delicados sentimientos, y la que llene casi exclusivamente el templo de la inmortalidad.

Esta deducción parece muy lógica y, sin embargo, y con perdón del bello sexo, debo rechazar la consecuencia. La historia ni sugiere que la mujer, cuya misión en la tierra es tan respetable y santa, sea la llamada á redimir á la humanidad de sus penalidades, á escrutar los cie'os, impulsar la ciencia, concebir grandes ideas y expresar los más exquisitos sentimientos. No hay en el bello sexo una figura que pueda compararse á la de Colón, Guttenberg ó Galileo, y no se atribuya esto á la educación que recibe, porque sería tomar el efecto por la causa. Además de que para expresar amor, celos, jesar, vehemencias del sentimiento ó extravíos de la pasión, no hace falta otra cultura

que la perfecta y profunda que dan las intuiciones de una sensibilidad exquisita y femenina, y, sin embargo, no se registra en la historia del arte el nombre de una mujer que pueda resistir la comparación con los de Van Dyck, Velázquez, Meyerbeer, Rossini, Sófocles ó Virgilio.

Mas diré: si alguna sobresale en las letras, las ciencias ó las artes, ¿es la más mujer, por decirlo así, la dotada en grado más eminente de la belleza, la dulzura y la impresionabilidad propias de su sexo?

Y, sin embargo, es muy grande la gloria que á la mujer corresponde en la ciencia y el arte, sólo que toca menos á la erudita y la escritora que supo elevarse virilmente á las más altas concepciones del espíritu, que á la mujer, simplemente mujer, esencialmente mujer, que con sus desdenes ó sus halagos, ó su abnegación, ó su veleidad, dirigió atinadamente la educación del grande hombre, ó protegió al genio, ó amargó la existencia del filósofo, ó engrandeció la mente del artista, ó encendió, besándolo en la frente, la inspiración y el estro del poeta. Esta idea no tiene otro valor que el de una apreciación mía; pero creo que si la humanidad debe mucho á Safo y Mad. Stael, debe incomparablemente más á Isabel la Católica y á Beatriz, á Laura y la Fornarina.

Ahora bien; si el genio es en su esencia una exquisita impresionabilidad é imaginación, ¿por qué no es frecuente en la mujer? Luego no es enteramente eso; ni es producto de energías sobrenaturales, ni es una facultad más del espíritu, ni un procedimiento psíquico especial. Sabemos que crea, que medita con perseverancia incansable, que coincide con ciertas disposiciones, que se enciende ó se apaga por la acción de ciertas influencias; pero en su esencia íntima, ¿qué es el genio?

No es fácil decirlo. ¿Quién sabe cómo se compenetraron en la mente de Rafael los matices del color, las inflexiones de la línea y la grandeza de la idea? ¿Cómo halló Fidias en su mente los moldes en que vacia la Naturaleza los más bellos contornos de sus estatuas animadas? ¿Cómo adivinó Dante los ocultos designios de la justicia infinita, y cómo entrevió Colón un mundo, y Platón tuvo la intuición de lo divino, y qué convulsión vió Shakespeare en el corazón de Otelo cuando apagó en

Desdémona inocente la blanca luz que iluminó su vida?

El genio es lo inexplicado, lo titánico, lo asombroso; lo que abrillanta cuanto toca, lo que seduce á quien lo contempla, lo que adivina la ley, sorprende el arcano, deshace el misterio, resucita el pasado y vaticina el futuro; es algo que produce encarnaciones increíbles, elocuentes melodías y conmovedores conciertos; es ese poder que escrutó el espacio, que analizó el corazón, que creó tipos inmortales, que oprime los corazones cuando llora y que resume en patéticas exclamaciones las quejas de todos los hombres, el anhelo de todos los suspiros, la armonía de todas las notas y el ardor de todas las pasiones y la fe de todas las creencias; es lo que crea dentro de la creación; lo que da ideas al mundo y mundos á la idea; es la minoría gigante de la asamblea humana; es una penetrante mirada que no ofusca la oscuridad ni deslumbra el resplandor; es una benéfica antorcha de mágico poder, que surge en los más sombríos días de la historia como la luz estelar brilla en lo más oscuro de la noche; es la unión indisoluble y santa de un sentimiento impetuoso, varonil, indomable, y una inteligencia fina, curiosa, delicada; es el gusano de la tierra que toma las brillantes alas de la mariposa y se eleva volando hasta el empíreo; es el supremo aviso de que el hombre no está aislado en la Naturaleza; es una portentosa manifestación humana que parece una sublime revelación divina; es, más que la irrupción del hombre en lo desconocido, la invasión del hombre por lo incognoscible; los cielos y la tierra le confían sus secretos; la historia llena está de sus alabanzas; el porvenir elabora sus estatuas; la ciencia y el arte pregonan su grandeza; si no viviera entre nosotros, le llamaríamos Dios; ni puedo concebir más gloria, ni lo sé definir de otra manera.

¿Quién puede abarcar el espíritu humano? Sus ambiciones, sus ideales, sus aspiraciones son infinitos. Es un abismo sin fondo, un desear insaciable, y nunca apaciguado, y siempre vivo, y esto es lo que mueve al hombre y lo que inspira al genio.

Y si no, contemplad la Naturaleza en medio de sus majestuosas agitaciones, ó desde los enhiestos picos de las montañas, ó á la orilla del mar á la caída de la tarde, en soledad solemne, sin que una vela en el horizonte turbe aquella imponente uni-

formidad imagen del infinito, sin que lleguen á vosotros más murmullos que el de la ciudad lejana, ó el eco cadencioso de las olas rompiéndose espumosas en la playa, ó los misteriosos rumores de la brisa, ó el grito de la gaviota. Allí, ante aquel grandioso espectáculo, entre la tierra y el mar y el cielo, viendo espirar en el horizonte entre rojizos celajes un día que nunca volverá, mientras el silencio aumenta y la noche avanza, y los colores se fugan por Occidente y todo se envuelve en grisáceas tintas, y asoman indecisas las estrellas, y toma el mar fosforescente brillo, no habrá corazón que no se impregne insensiblemente de la más profunda melancolía; pero medita un poco, aviva la imaginación, sumergios con ella en aquellos inmensos mares y aquellos lejanos cielos y aquella creciente sombra, y veréis en el fondo del Océano, y en la superficie de la tierra, y entre los gases del aire, seres que respiran, se mueven, y cantan, y aman, y sufren, y mueren como vosotros; veréis que aquellas aguas contienen sustancias que hay también en vuestro organismo y elementos que os vivifican y devuelven la salud perdida; veréis que aquella brisa en que se confunden moléculas de arena, gérmenes microscópicos y emanaciones del Océano, y el hálito de las plantas, y el perfume de las flores, y el trino de las aves, y el eco de todas las notas, y el vapor de todas las lágrimas, y el aliento de todos los seres, y los miasmas de todas las podredumbres, aquella brisa, que acude presurosa desde incalculable distancia, penetra en vuestro pecho, deleita vuestros pulmones, regenera vuestra sangre y sostiene vuestra vida, dándoos la de todo el Universo; dejando en vosotros, como parte integrante de vuestro sér, algo del sér de los demás, y recogiendo en vuestras exhalaciones algo que fué vuestro, para difundirlo por el mundo; entonces pensaréis que todos vivimos del mismo modo y la misma vida; que los hombres, como las flores, nacen sonriendo ante un rayo de luz, y mueren, como ellas, marchitos y pálidos, si no encorvada la corola sobre el tallo, inclinada la frente sobre el pecho; veréis que hay una solidaridad tal entre el hombre y la Naturaleza, que no hay impresión en nuestros órganos, imagen en la pupila, armonía en el oído, impulso en el corazón, ideas en la mente, creación en la fantasía, lágrimas en los ojos, ni objeto en la voluntad, que no sea

hijo de un beneficio, de una inclemencia, de un rayo de luz, de un eco, de un movimiento ó una vibración del mundo que nos rodea; entonces se elevará vuestro pensamiento, aspiraréis con ansia aquel aliento universal, sentiréis un amor inefable hacia todas las cosas y una gratitud inmensa hacia todos los séres; querréis estrechar en un abrazo toda la Creación, perderéis el temor á lo muerte, os abismaréis en éxtasis profundo, y cuando, engrandecidos por estos sentimientos, levantéis los ojos al cielo y lo halléis oscurecido por la noche y sembrado de estrellas rutilantes, no podréis menos de exclamar, recordando al poeta: «Astros, yo soy un alma como vosotros; noche, yo soy un abismo como tú.»

Pero seguid meditando, y veréis que los astros, indiferentes á vuestras emociones, siguen su marcha por el espacio; veréis que en el fondo de aquella solidaridad hay cierta amarga indiferencia; veréis que la Naturaleza no os comprende; que vosotros os eleváis hasta el reconocimiento de estos hechos, y los demás séres no se elevan; que vosotros váis aún más allá y concebís más armonías de las que oís, y más astros de los que divisáis vuestros ojos, y más espacio del que alcanzan vuestras miradas, y soñáis más bellezas de las que ostenta el Universo, y sentís en el corazón un vacío insaciable, una aspiración más elevada que necesitáis satisfacer, que es la que os hace artistas, y os hace creadores, y os lleva á gemir bajo la sombría bóveda del templo, y mueve vuestros labios con la plegaria y eleva el pensamiento á lo absoluto, ansioso de lo inmortal, y entónces, levantándoos con el sentimiento por encima de todo lo creado, buscando al Supremo Sér, única verdad, primer principio y última razón de todas las cosas, no podréis menos de decirle, inspirados por místico arrebató: «Elévame contigo á otras regiones, que yo tengo un destello de tu sér, y el mundo es negra cárcel para mí.»

HE DICHO.
